

Saltoquinix. (Recogido en "Soliloquios y conversaciones" M G B) 1

3-13

("El Cofre Ilustrado", Caracas, (Venezuela), 15 marzo 1908).

SOLILOQUIO

Salamanca, febrero de 1908.

MIRA, Miguel, me parece que tus habituales oyentes habrán de permitirte el que una vez siquiera—consíguelo ahora y podrás algún día reincidir—hables en voz alta contigo mismo, desahogues tu pecho. ¡Es tan recia esta servidumbre de la publicidad!

Tú lo quisiste, sin duda: tú te metiste á escritor público y has de soportar pacientemente las consecuencias de ese primer acto. Pero ¿es que somos acaso tan libres como creemos ser al dedicarnos á una profesión cualquiera?

Tú apeteces retiro, sosiego y silencio para poder dedicarte á una labor lenta y sólida, lejos del tumulto de la refriega que aturde los oídos y lejos de la polvareda de ella que te enturbia la vista; tú vuelves con amor tu corazón ansioso de soledades á aquellos hombres de pasados tiempos, que fuera del tráfico mundano y de las disputas y afanes del día que pasa se dedicaban á obras duraderas; tú suspiras por lo clásico, por lo eternamente clásico. Pero el vértigo de la vida te arrastra y te ves envuelto en las arduas discusiones de cuantos te rodean. No puedes vivir entre muertos; tienes que vivir entre los vivos.

Y, sin embargo, mi querido Miguel ¡qué fuente de consolaciones y de arrestos no es el trato con los gloriosos muertos, cuya obra es inmortal! ¡Qué vivificantes efluvios de paz del alma irradian de aquellos espíritus, que como los de

Homero, Platón, Virgilio, San Agustín, Shakespeare, Descartes, Spinoza, el Danto, Kant, Goethe y tantos otros, viven entre nosotros su vida más profunda!

Sí, es indudable: ese insano empeño de informarnos de lo que dicen ó repiten los que viven en torno nuestro nos impide seguir el progreso del alma humana á través de sus hijos perennes, de esas columnas erigidas para los siglos. ¿Qué te importa á ti, dime, lo que vocea ése tu vecino? No vayas á hacer como esos que pierden su tiempo y su alma en oír las superficialidades todas de sus contemporáneos y no les queda tiempo para disfrutar del legado permanente de la humanidad. Esta forma de modernidad no hace sino endeblescer á los hombres y á los pueblos. Desconfía, Miguel, de novedades y ten por seguro que nada hay más nuevo como lo que es de siempre. Homero ó Shakespeare son más modernos que los más de los escritores vivos que hoy pasen por más modernos; aprenderás más en Platón



que en el autor del último tomo de la Biblioteca de la filosofía contemporánea, que en París publica Alcan, el editor. Moderno viene de moda y tú debes huir de las modas.

Pero es inútil, bien lo sé, es inútil. Bien veo que acaso á tu pesar lo que en torno de tí suena con voz caliente de vivo te encadena los oídos. Es lo humano y tú eres y debes ser ante todo un hombre. ¿No te acuerdas lo que dice aquél, tu muerto amigo, aquel maravilloso Coleridge, en su «Biographia» literaria? Tú has querido siempre á Coleridge, tú te acuerdas mucho del retrato que de él hizo aquel otro su amigo y tu amigo Carlyle y te acuerdas

también de las líneas de encendida y luminosa poesía que le dedicó Shelley, el poeta, donde decía: «Veréis á Coleridge, el que se está obscuro en el rebosante esplendor y la pura irradiación intensa de un espíritu, que ciego con su propia lumbre interna, se arrastra lánguidamente á través de las tinieblas y de la desesperación, aéreo meteoro ceñido de nubes, encapuchada águila entre buhos avizores». Tú has querido siempre á esta águila del espíritu y hasta has traducido algunas de sus poesías colocándola entre las tuyas originales, para que las realce. ¿Te acuerdas, Miguel, de lo que éste, tu Coleridge, dice acerca de los contemporáneos? Voy á repetírtelo:

«Las grandes obras de las pasadas edades parecen á un joven cosas de otra raza; respecto á las cuales sus facultades han de permanecer pasivas y sumisas, lo mismo que á las estrellas y las montañas. Pero los escritos de un contemporáneo, acaso no en muchos años mayor que él mismo, rodeado por las mismas circunstancias, y disciplinado del mismo modo, poseen para él una realidad y le inspiran una amistad actual, como la de hombre á hombre. Su admiración misma, es el viento que orea y alimenta su esperanza. Los poemas mismos asumen propiedades de carne y sangre. Recitarlos, exaltarlos, pelear por ellos no es sino el pago que se debe á uno que existe para recibirlo».

Fíjate en este mismo Samuel Taylor Coleridge, cuyas son las palabras citadas, y dime si puedo el recuerdo de este hombre que murió muchos años antes de que tú nacieras, encenderte como te enciende el recuerdo de uno que vive. Y sin embargo,—me diréis—¡qué dulcemente apacible es la conversación con los que fueron y hoy duermen para siempre en el regazo de la tierra todoparidora!



¿Te acuerdas lo que has leído hace poco en el capítulo II del libro III del «Port-Royal», de Saint-Beuve? Este amable y fino narrador, uno también de los que vivieron y son, te dice allí que «se ha notado con un sagaz tino y un gusto que la moral corrobora y dirige, que los escritos al alejarse de nosotros pierden á menudo lo que de actualmente conmovedor y de contagioso tenían en el momento en que aparecieron; que la distancia permite, cuando una parte de genio los ha dictado, que se pueda seguir sus méritos, observar y discernir sus rasgos, sin nada ya de aquella confusión de la vida con la obra, ni de aquella fiebre moral que la vecindad y la producción reciente inoculan.»

Te acordarás, Miguel, que al leer esto te quedaste pensando en esa curiosidad malsana que ronda y asedia á los publicistas de algún renombre, y cómo tú mismo, que al fin eres débil y flaco, no has podido sustraerte á ella, sin lograr separar tu vida de tu obra. Y acaso en esto has pecado.

Tú has soñado en la labor de larga arada para tiempo muy duradero y te ves constreñido á la labor fragmentaria y volandera del periodismo. ¿Te ha de pesar por ello? Nadie sabe, créemelo, cuándo se acierta.

Y fijate bien de que en el fondo esa obra lenta y recatada de solitario, excluyendo en lo que cabe la colaboración de tu público, es una obra de egoísmo acaso.

La colaboración de tu público, digo. Porque en la obra de todo publicista colabora su público de una manera más ó menos ostensible, ya con su aplauso, ya con su censura. Yo sé bien lo que en tu labor influyen las cartas de desconocidos lectores que de cuando en cuando recibes, sobre todo de América, y los cuales te dan sugerencias ó indicaciones



muy valdezas pero además, tú, sin acaso saberlo recibes de rechazo la impresión de tu público, de los que siguen tu labor, y obras conforme á ese rechazo, ya para acomodarte á su sentimiento, ya para resistirlo y tratar de acomodarlo al tuyo. Pues tanto se influye sobre otro provocándole á asentimiento como á discentimiento.

Dicen que muchos de los grandes dramas, los de Shakespeare entre ellos, se han hecho sobre el tablado del teatro, en colaboración con el público, es decir, modificándolos á cada representación en vista y á la medida del modo de acogerlos el público. Y ¿no crees que las sucesivas obras de un autor fecundo suelen muchas veces no pasar de ser sucesivas ediciones más ó menos alteradas de una sola y misma obra?

Todo autor que escribe mucho se repite mucho, y cuanto más original sea, cuanto más saque de su propio fondo en vez de limitarse á contar lo que oye en derredor, tanto más se repite. Los más grandes genios han sido espíritus de unas pocas y sencillas ideas expuestas con más vigor y eficacia, pero con más uniformidad y constancia, que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, ideas encarnadas. En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas. La variedad, la multiplicidad de puntos de vista acusa casi siempre cierta endeblez espiritual. Y no necesito encarcerarte esto, porque sé bien cómo admiras á San Atanasio, que fué el hombre de una idea.

Sí, tus obras mismas, á pesar de su aparente variedad, y que unas sean novelas, otras comentarios, otros ensayos sueltos, otras poesías, no son, si bien te fijas, más que un solo y mis-

mo pensamiento fundamental que ya desarrollándose en múltiples formas. Y así, buscando el transmitir ese tu pensamiento central, lo vas ciñendo cada vez más y encontrando nuevas formas de expresarlo, hasta que acaso des un día con la más adecuada, con la precisa. Y créeme que un escritor persiste cuando encontró la forma permanente de una idea cualquiera, cuando acertó á dar á esta su cuerpo definitivo. ¿Y quién te dice que en esta labor de busca, este escribir escritos volanderos y fragmentarios no es tan útil como otro escudriñamiento? Tú sabes que conversando se estudia muchas veces más que meditando.

¿Te acuerdas, Miguel, á este propósito de lo que te pasó cierta tarde en que ibas de paseo con aquel tu malogrado amigo Vicente, espíritu sagaz y sutil que se fué del mundo en la flor de su vida? Discutías con él como de



SOLILOQUIOS.

3-13

5



costumbre, cuando hubo de apretarte con sus orgullosas objeciones y á una pregunta que te hizo respondiste de pronto y apenas dada la respuesta exclamaste lleno de gozo: ¡qué bien está esto! ¡qué exacto! ¡qué precioso! Y al llamarte la atención sobre eso de que tú te maravillaras de una contestación por ti mismo dada, le dijiste: «Es que es para mí tan nueva como para usted. Yo tenía esta solución sin duda en mi mente, pero la tenía confusa y como velada, sin saber yo mismo que la tuviese, y al hacer esfuerzos para satisfacer la objeción de usted ha cobrado forma en mí y se me ha revelado. Y vea usted cómo es para mí tan nueva como para usted».

Y de esto sucede mucho. El pensamiento depende del lenguaje, puesto que con palabras se piensa, y el lenguaje es una cosa social; el lenguaje es conversación. Y el pensamiento mismo es, pues, social. No hay más pensamiento claro que el pensamiento transmisible. Si alguien te dice que ve una cosa muy clara, pero que no sabe transmitírtela, puedes contestarle que no puede estar seguro de si la ve clara ó nó. Todo el que escribe ha pasado más de una vez por el trance de comprender lo absurdo ó lo obscuro de un pensamiento propio, luego que lo vió en letras de molde.

Convéncete, pues, de que meditas más y mejor escribiendo estas cosas, como la que ahora te estás dirigiendo aquí á ti mismo, que nó encerrándote en tu cuarto á eso que se llama meditar y no es sino divagar. La necesidad de dar á tu pensamiento expresión transmisible es lo que le ata á proceso vivo y eficaz. Con la pluma en la mano es como mejor se

te ocurren las cosas, y es porque entonces no piensas para ti mismo, sino que piensas para los demás. Pensar para sí mismo no es en rigor pensar, es perderse en vagas soñaciones como el que se pasea por los bordes del sopor contemplando las espirales del humo del cigarro. Pensar es pensar para los demás; pensar es una función social.

Habrás oído alguna vez que Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, se inspiraba con las palabras mismas, que eran éstas las que le suscitaban las

SOLILOQUIOS.

3-13

6



ideas; que en sus epístolas se puede seguir este proceso de ideación por asociaciones verbales. Y de Agustín de Hipona, el gran africano, la otra columna miliaria del cristianismo interior, entre Pablo y Bernardo, y luego Martín Lutero, se ha dicho también que discurría por antítesis, por aliteraciones, por retórica, en fin. Y es que uno y otro eran almas ardientes, nó de solitarios contemplativos sino de luchadores activos.

Te creen un egoísta y te acusan de serlo porque con frecuencia te refieres a ti mismo -ahora lo estás haciendo en este soliloquio- y hablas de ti, pero es que ese tú de escritor es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndolas. Serías nó un egoísta, sino un egoísta miserable, si te encerraras en la torre de marfil, lejos de tus prójimos a labrar allí día tras día un joyel cualquiera de filigrana. Tú trabajas al aire libre, bajo las miradas de todos y soplando de vez en cuando sobre la pieza de tu labor para limpiar de ella el polvo de la refriega.

Y basta, no hablemos más uno con otro, tu yo íntimo y oculto y el público y manifiesto. ¿Son realmente dos? ¿Eres algo más que un escritor? O mejor, lo que en ti no es publicista, ¿que vale?

Miguel de Unamuno



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S